

lluvia suave á las flores sedientas con la sequedad del medio dia, y que hasta las paredes del palacio saltarian de gozo cuando él entrase.

Habiendo deliberado los portugueses acerca del modo con que debia hacerse aquella visita, votaron todos que fuese magnífica, para confirmar que una persona tan reverenciada, se presentaba ordinariamente como pobre por eleccion propia. La profunda modestia de Javier ofreció un obstáculo muy grande á este designio; pero considerando despues el Santo, que aquellos honores no se dirigian á él propiamente, sino al Dios de quien era embajador y ministro, y sabiendo hacerse todo para todos, como el primer Apóstol de los gentiles, consintió en todo lo que podía contribuir á dar mayor realce á la divina palabra. Se puso en camino revestido de sobrepelliz y estola, en medio del estrépito de las trompetas y demás instrumentos bélicos, acompañado de treinta caballeros portugueses con trages magníficos, y seguido de gran número de esclavos ó criados con cadenas de oro guarnecidas de piedras preciosas. Otros cinco portugueses, los mas condecorados que habia en el navio, iban al rededor del apóstol, como si fuesen sus principales ministros, y llevaban un egemplar del Evangelio en una tela de raso blanco, una pintura ó imágen de la Virgen pendiente de una banda de damasco color de violeta, un báculo pastoral, todo guarnecido de oro, y los demás símbolos del apostolado, no menos magníficos. Atravesaron en esta forma las calles mas frecuentadas de la ciudad, en medio

de un gentío innumerable, que manifestaba la mayor veneracion quando se acercaba el apóstol, mirándole como un hombre bajado del cielo. Envió el Rey seiscientos soldados, escogidos entre los de su guardia, para que saliesen á recibirle, y al encontrarse con él, se dividieron en dos filas para llevarle en medio. Además de esto, le trató el Rey con un honor tan extraordinario, especialmente en el Japon donde está en su punto el orgullo de la diadema oriental, que le tuvieron los pueblos por un enviado del cielo.

27. Fácil es comprender cuán abundante seria la mies en un terreno tan bien preparado. Desde luego renunció el culto de los ídolos una multitud prodigiosa, y confesó á Jesucristo. Los discursos públicos del apóstol arrastraban á la gente del pueblo, y sus conversaciones particulares convertian á las personas de primer orden. Pasaba despues los dias enteros en bautizar ó en instruir á los neófitos, de suerte que los portugueses que tenian en él todas sus delicias, no podian estar en su compañía sino algunos ratos por la noche. Le era tambien preciso disputar con los bonzos, que eran en todas partes el principal obstáculo para la conversion de los pueblos. Pero la victoria que la fuerza de sus palabras, ó por mejor decir, del Espíritu Santo que se esplicaba visiblemente por su boca, consiguió en público, confundiendo al bonzo Sacairan, corifeo de la secta en el reino de Bongo, dió un golpe mortal á la impostura y á la idolatría. En lo mas fuerte de la disputa tuvo el infiel la fortuna, casi sin egemplar, de conocer la

verdad; y lo que aun es mas maravilloso, tuvo la generosidad de confesarla. Aterrado con los rayos de la gracia que le penetraron el corazon, se hincó de rodillas, y levantando las manos al cielo, hechos los ojos dos fuentes de lágrimas, esclamó: „Jesus, Hijo único del Dios Supremo, aquí me teneis postrado y rendido á vos: confieso con el corazon y con la boca vuestra grandeza eterna; y ruego á todos los que me oyen, que me perdonen las fábulas y las impiedades contrarias que por tanto tiempo les he enseñado.” Hizo tal efecto en los circunstantes una conversion tan prodigiosa, que pudo bautizar inmediatamente el misionero quinientas personas.

Pero no era este el método de Javier, á quien la sed de la salvacion de las almas no obligó jamás, á pesar de su ardiente celo, á omitir nada de lo que prescribian la prudencia y la circunspeccion mas escrupulosa, á fin de asegurarse de la perseverancia. Quería instruir á fondo á todos sus prosélitos antes de bautizarlos, los fortalecia contra la reincidencia, y donde habia necesidad, los ponía en estado de confundir á los sofistas idólatras, ó á lo menos de despreciar sus sofismas con un discernimiento ilustrado. Basta traer á la memoria la solidéz de sus conversiones, aunque innumerables, para convencerse de que á la verdad fueron rápidas, pero nada precipitadas. Entre todas las ciudades, provincias, reinos y regiones que sujetó al yugo del Evangelio, sola la ciudad de Tolo volvió á caer en el paganismo, mientras subsistió la generacion convertida, bien que tardó muy

poco en conocer su error, y arrepentirse de él. Los neófitos, que por espacio de quince años no habian visto ningun sacerdote, y habian estado espuestos á los artificios de la impostura y á las violencias de la persecucion, permanecieron tan firmes en la fe y con tanto fervor, como en el dia en que fueron bautizados: y sin salir del Japon, la historia famosa de los Mártires de aquella isla sanguinaria, su constancia inalterable, su firmeza y presencia de ánimo ante los tribunales, su serenidad, alegría é impaciencia por padecer unos tormentos, cuya sola imágen nos estremece, presentan una prueba indisputable del cristianismo sólido y sincero de aquella nacion.

El mismo Rey de Bongo hubiera sido de los primeros en recibir el bautismo, si no hubiese temido el apóstol que una conversion tan pronta no tuviese toda la solidéz necesaria. La primera vez que se vieron, le habló Javier con aquella elocuencia natural y afebilidad atractiva, á que no era fácil resistirse, sobre la felicidad infinita que está reservada para los que sirven al verdadero Dios; y respondió el Príncipe, que nada deseaba tanto como hacerse digno de ella, pero con la condicion (añadió) de que hemos de estar siempre juntos en el paraiso. No solo se trataba de elevar las ideas de aquel Príncipe, sino que era necesario separarle de la escesiva sensualidad, consagrada en cierto modo por los Soberanos asiáticos, los cuales la miran como una parte de su grandeza. Se aprovechó Javier tan grandemente del influjo que tenia con aquel Monarca, para inspirarle horror á los

vicios vergonzosos en que vivia sin ningun escrúpulo fiado en la palabra de los bonzos, que empezando desde luego el Rey á mudar de conducta, abolió muchas ceremonias paganas, ofensivas del pudor, y espidió edictos para suprimir otros muchos abusos. Pero aunque aborrecia las infamias que deshonoran á la naturaleza, estaba todavía dominado de los demás deleites sensuales, cuando pensando el Santo en salir del Japon fue á despedirse de él, y se trataron recíprocamente con la mayor ternura. „ ¡Ojalá oiga el cielo (dijo el apóstol) las oraciones que haré de dia y de noche por vuestra conversion! Nada deseo con mas ardor, y en cualquier parte donde me halle, la noticia mas agradable que podrá dárseme, será la de que el Rey de Bongo es cristiano, ó por mejor decir, que vive como cristiano.” Deseos eficaces, pues pasados algunos años, no solo fue el Rey un cristiano digno de este nombre, sino tambien un protector generoso de todos los fieles que vivian en aquel imperio. Se comunicaron sus piadosas máximas al corazon de su hermano con grandes ventajas de la Religion, por haber sido elegido este Príncipe para suceder al Rey de Amanguchi, el cual, despues de haberse declarado contra el Evangelio por complacer á los bonzos, se vió obligado por la rebelion de éstos á matarse á sí mismo. De este modo fue en todas partes la sangre real de Bongo el principal apoyo de la iglesia del Japon.

28. Despues de dos años y cuatro meses de trabajos en esta grande isla, salió de allí Javier á últimos

del año 1551. Habia formado allí la resolucion de llevar la fe á la China, persuadido de que el egeplo de los chinos, que eran mirados como modelos de sabiduría en toda la Asia alta, y especialmente en el Japon, produciria la conversion perfecta de todos aquellos pueblos. Volvió á las Indias, así para tratar de los medios de llevar á efecto una empresa tan difícil, como para visitar y confirmar en la fe á las nuevas iglesias. En todas partes tuvo motivos para consolarse. Los misioneros que habia enviado á varios parages antes de su partida, fueron á Goa desde los lugares que no habia podido visitar él en persona, á darle cuenta de sus tareas y de las bendiciones del Señor. Supo que en Ormuz, emporio de la mitad de África y Asia, los idólatras, los mahometanos y los judíos acudian á porfía á recibir el bautismo; que se habia disminuido notablemente la concurrencia á las mezquitas y sinagogas; que estaban ya convertidos en iglesias muchos templos de ídolos; que florecian las buenas costumbres no menos que la Religion, y que se habian abolido muchas prácticas perversas. La sangre del padre Antonio Criminal, martirizado en la costa de la Pesquería, habia contribuido á multiplicar en ella los cristianos, cuyo número pasaba de quinientos mil, todos ellos llenos de fervor y de deseos de morir por su fe. Lo mismo sucedia en Cochín, en Culan, en Bacin, en Meliapur y aun en las islas del Moro, miradas hasta entonces con tanto aborrecimiento. En Goa y en su distrito habia cesado todo acto de idolatría, y para decirlo todo en pocas

palabras, era tan prodigiosa la mudanza entre los portugueses naturales del pais, que apenas se veía una concubina, cuando antes eran comunísimas.

29. Edificados con este espectáculo los Reyes circunvecinos, hablaban con respeto de una ley tan pura. El de Tanor, en la costa de Malabar, y el de Trinchemala, en la isla de Ceilan, pasaron muy en breve de la admiracion á la profesion pública del cristianismo, atropellando por todos los peligros á que esponian su corona y su vida. Otro Soberano, arrojado del reino de las Maldivias, y refugiado en los estados de los portugueses, donde habia reconocido la divinidad del cristianismo, deliberaba todavía, temiendo irritar mas á sus pueblos si le abrazaba, cuando llegó del Japon el santo apóstol. Vió al Príncipe infiel, se hizo dueño de toda su confianza, y le habló tan dignamente acerca del reino de Dios, al cual preferia una sombra de soberanía, que á pesar de todas las sugerencias de la política, le redujo á la obediencia de la fe. Habiendo vuelto á instruirle despues, á fin de establecerle de un modo constante en la confesion de nuestros santos misterios, le administró el bautismo con la pompa mas solemne.

30. Pero estas grandes obras eran una especie de descanso, ó á lo mas un ligero egercicio del ocio de un apóstol. El término á que aspiraba con ardor, y de que no se apartaba su pensamiento, era el grande imperio de la China, al cual queria sujetar á la ley de Jesucristo, con todos sus tributarios y admiradores. Envió nuevos operarios á la mayor parte de las

misiones en que no bastaban los antiguos, eligió otros, así para que le reemplazasen en el Japon, como para que le acompañasen á la China, y despues se puso en camino con ellos para ir á Málaca, á fin de tomar allí las últimas disposiciones, como que era la ciudad de los portugueses que tenia mas comercio con los chinos. Se habia arreglado todo perfectamente, y pareció infalible el buen éxito de la empresa, cuando el cielo, que suele contentarse con la buena voluntad, permitió que se malograra aquella grande obra por el encaprichamiento de un solo hombre. Creía el santo misionero poder penetrar en un imperio inaccesible á los estrangeros, que no están revestidos de un carácter público, por medio de una embajada portuguesa enviada á la corte de Pekin, y el virey de las Indias habia recomendado muy particularmente al gobernador de Málaca la egecucion de aquel proyecto; pero este subalterno indócil, osadó y celoso del embajador nombrado por el virey, lo frustró todo sin ningun respeto á Dios ni á los hombres, y mirando con indiferencia las terribles resultas de su conducta inobediente; lo que junto con los demás escesos que habia cometido, fue causa de que se le castigase con el mayor rigor, condenándole á una prision perpetua, y á la confiscacion de todos sus bienes.

Lejos de desmayar por esto el santo apóstol, sintió que se aumentaba su ardor y su constancia, y resolvió hacer que le desembarcasen secretamente en las costas de la China, no dudando que le prenderian allí; pero imaginando al mismo tiempo

que los mandarines, y quizá el Emperador mismo tendria la curiosidad de ver á un hombre que predicaba una doctrina nueva, y que de este modo se le ofreceria una ocasion favorable para anunciar la fe de Jesucristo; y que si le ponian inmediatamente en una cárcel, predicaria á lo menos la ley á los presos, y desde los calabozos se estenderia por el imperio la luz de la salvacion. Se trasladó, pues, á la isla de Sanciam, que no dista mas que seis leguas del continente de la China, y allí se concertó con un mercader chino, para que mediante cierta cantidad de dinero le dejase de noche en una playa distante, en la provincia de Cantón. No exigía Dios de su siervo mas que esta prontitud de ánimo para un sacrificio que no habia de tener efecto.

31. El mercader que se habia obligado á llevarle á la China, no acudió al tiempo prefijado; un intérprete chino, que se habia ofrecido igualmente á servirle, faltó á su palabra; y subsistiendo todavía en su esperanza, á pesar de todos los obstáculos que se le presentaban, fue acometido de una enfermedad, que conoció que habia de ser la que le llevase al sepulcro. Estando delante de la China, como otro Moisés delante de la tierra de promision, repetia continuamente en medio de sus fervorosas oraciones: „Y los chinos, Dios mio, y los infelices chinos, ¿quién los sacará de las sombras de la muerte?“ En fin, despues de doce dias de decaimiento, los cuales pasó parte en las orillas del mar, donde soplaba un viento norte muy violento, y parte en una mala choza, que

no le resguardaba de la inclemencia del tiempo, espiró, destituido de todo socorro humano, profiriendo aquellas palabras del salmista: „En vos, Señor, he puesto mi esperanza. No seré confundido para siempre.“

32. Tenia cuarenta y seis años, y habia empleado diez y medio en la conversion de los indios; término muy corto, aun cuando no hubiera sujetado mas que una nacion al yugo del Evangelio! Pero si estableció la fe en cincuenta y dos reinos mas ó menos dilatados; si tremoló la bandera de la cruz en una estension de terreno de tres mil leguas; si bautizó por su mano cerca de un millon de sarracenos é idólatras, y si fue mucho mayor el número de los nuevos súbditos que dió á la Iglesia, que el que alejaron de ella los nuevos heresiarcas de su siglo, ¿no podemos decir que la rapidéz de los conquistadores mas memorables no igualó á la suya; y que si hubiera llegado á la medida comun de la vida humana, hubiera sido el mundo entero un campo demasiado estrecho para su celo? En realidad, las cosas mas prodigiosas que hizo, son nada en comparacion de lo que pretendia hacer. Despues de haber sujetado la China al Evangelio, se preponia, como lo acreditan sus escritos, anunciarle en la inmensa estension de la Tartaria; dar la vuelta por el norte de Europa, y reducir los hereges que habia en ella; penetrar despues en lo interior de África; buscar hasta el último etiope errante en sus abrasadas arenas; últimamente, entrar segunda vez en el Asia, y llegar hasta la

estremidad de la tierra y del agua, para que no se le huyese ninguna de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo. Pero dejemos los proyectos, y atendamos solo á las obras que los justifican, y que tienen á su favor todas las pruebas de que son capaces los hechos.

Digan lo que quieran algunos autores oscuros, decidiendo con el tono magistral que les es propio. No son los autores de la misma religion que Francisco Javier los únicos que atestiguan el feliz éxito de sus tareas, y sus muchos y estupendos milagros: alegacion maligna, y mas que indecente en boca de un cristiano católico, á quien la reunion de cierto número de fieles en una sociedad particular, debe hacer poca fuerza en comparacion de la comunión de los santos, confesada en todos los símbolos. Pero no es menos visible aqui la falsedad que la malicia, la cual, prescindiendo de otros documentos, es confundida por la bula de la canonizacion del Santo, en la que, despues de las averiguaciones mas esactas, hechas en los mismos lugares donde residió Javier, se dice que engendró á Jesucristo los pueblos y las naciones; que vió multiplicados sus hijos como las estrellas del cielo, y las arenas del mar; y que recibió la plenitud de la bendicion concedida al patriarca Abraham. En fin, le dispensó la Iglesia el título de apóstol de las Indias: „Apostolado (continúa la bula) que con la perfeccion de todas las virtudes evangélicas, estuvo revestido de todas las señales de la virtud de lo alto, del don de profecía, del don de

lenguas, y del don de todo género de milagros;” con cuyo motivo refiere casi todos los prodigios que se leen en los autores compañeros del Santo, y especialmente los muchos muertos que resucitó. ¿Hay otros testimonios capaces de hacer mas impresion á los detractores de uno de los santos mas illustres de la última edad de la Iglesia? Oigan á los viageros y á los escritores de la secta, cuyo estilo procuran imitar; á los protestantes Baldeo, Haklwit y Tavernier, que habiendo sido testigos de la veneracion religiosa de los indios, sin escluir los idólatras y mahometanos, para con Javier, y plenamente instruidos de cuanto podia contribuir al exámen de los hechos, le califican de digno embajador de Jesucristo, de nuevo Pablo, y de verdadero apóstol de las Indias, y dan un testimonio formal de sus portentosos milagros y de los frutos prodigiosos de su apostolado (1).

33. ¿Pero no le dió, y le da aun el cielo en nuestros dias un testimonio suficiente, por medio de la milagrosa conservacion de su cuerpo con todas sus carnes? Se le habia enterrado en cal viva, con el designio de recoger mas pronto sus huesos, que desde el mismo instante de su muerte fueron mirados como reliquias insignes, creyendo los fieles de aquellos dominios que solo era digna de poseerlos la capital de las Indias portuguesas. Se le exhumó á los dos meses y medio, se le quitó al principio la cal que tenia encima de la cara, y se halló que estaba fresca y encarnada, como si fuese de un hombre que estuviese

(1) *Bald. Hist. Ind. = Hakl. Viag. Ingl. t. 2. p. 2.*

dormido. Se reconoció al momento todo el cuerpo, y se vió que estaba perfectamente sano, y nada consumido. Habiéndole cortado por curiosidad un pedacito de carne en el muslo derecho, salió de él una sangre rubicunda y hermosa. Los hábitos sacerdotales con que habia sido enterrado el santo ministro estaban tan bien conservados como su cuerpo, y lo que mas admiró á todos, fue que exhalaban un olor infinitamente mas agradable que el de los perfumes mas esquisitos. El tiempo, que todo lo destruye, ha hecho mas y mas venerable el sepulcro de este santo taumaturgo. Despues de dos siglos casi cumplidos desde su traslacion á Góa, se abrió en 1744, á petición del Rey de Portugal, la urna preciosa que le contiene, y se le halló en el mismo estado que cuando se le colocó en ella. Tal es el testimonio auténtico que dió en aquel tiempo el virey de las Indias, marqués de Castello-Nuovo, que fue testigo ocular con una infinidad de personas. Los milagros de San Francisco Javier, que eran ya innumerables durante su vida, se multiplicaron infinito despues de su muerte.

34. En vida del Santo, la fe romana, casi apagada antiguamente en el Asia ceterior, con motivo de las grandes heregias de los primeros siglos, y en especial de la de Nestorio, volvió á florecer en las vastas regiones que se estienden desde el Eúfrates hasta las riberas del Indo. Los cristianos de aquellos países, á los cuales se daba el nombre de nestorianos, aunque habian renunciado muchas veces estes errores,

eligieron un patriarca, despues de un abuso de cien años, en cuyo tiempo habia sido hereditaria esta dignidad en una misma familia (1). El nuevo patriarca, llamado Sulaká, versado en las letras sagradas, buen católico y de una virtud tan sólida, que costó mucho trabajo obligarle á que por la silla patriarcal dejase el monasterio, donde solo pensaba en vivir como un santo religioso, fue á Roma para hacer que se confirmase allí su eleccion, y reconocer en su nombre, y en el de sus pueblos y clero el primado de la iglesia romana, madre y maestra de todas las demás. Las cartas credenciales que llevaba, dadas por sus obispos y por sus principales feligreses, prodigaban al Sumo Pontífice los elógios y los títulos honoríficos, con todo el énfasis del estilo oriental; pero en ellas se reconocian abiertamente las divinas prerogativas de la Silla de Pedro. Se llamaba al Papa gefe y soberano de todos los pastores, padre del pueblo cristiano, y padre de los padres, vínculo de toda la confederacion cristiana, Vicario de Jesucristo, y depositario de las llaves del cielo, á quien dijo el Señor por su propia boca: „todo lo que ates y desates en la tierra, será igualmente desatado en el cielo.” Se le llamaba tambien fundamento de la Iglesia, contra la cual no tendrán ningun poder las puertas del infierno, hasta las generaciones mas remotas; fuente de aguas vivas, que no se agotará jamás; antorcha que no se apaga, que disipa todos los errores de Satanás, y está colocada en el gran candelero para

(1) *Ciacon. t. 3. p. 744. — Rain. ann. 1553. n. 44.*